

STARCRRAFT

HEART OF THE SWARM



BLIZZARD
ENTERTAINMENT

La salida

Danny McAleese

—¿Oyes eso? Están dentro del muro.

Los estruendos metálicos apenas se oían por encima del fuerte viento, pero eran inconfundibles. Los cuatro hombres se arrimaron aún más a la mesa en la que se sentaban, más por el frío que por el miedo.

—¿Tú crees? —preguntó Prescott, sin intentar siquiera ocultar el nerviosismo de su voz—. Me refiero a que los muros son muy gruesos. No creo que...

—Cállate —gruñó Garrick, descubriendo su siguiente carta—. Se está quedando contigo. —Después, lanzó una mirada cómplice a su compañero, al otro lado de la mesa, mientras una sonrisa pícara asomaba en su rostro—. ¿Verdad?

Charn se dio cuenta de que disfrutaban asustándolo. Les encantaba hacerlo. Ver cómo palidecía el rostro de Prescott era infinitamente más entretenido que cualquier otra cosa que hubieran hecho los seis días anteriores; mucho más que jugar a las cartas.

—Si están dentro de la muralla, se acabó —dijo convencido Kort, fingiendo un exagerado suspiro de resignación—. Se comerán los cables de alimentación y moriremos congelados en esta ratonera.

Garrick cogió otra carta.

—Nah —discrepó—. Nos darán caza antes de que nos congelemos. Somos lo más cálido en 20 kilómetros. Los bichos se abrirán camino directamente hasta aquí, y ese será el fin.

Si en algo tenía razón el viejo soldado es que hacía un frío terrible. La caldera se había agotado finalmente hacía seis horas y, aunque habían encontrado muchas cosas en el viejo búnker, el combustible no era una de ellas. Los conductos geotérmicos que pasaban bajo el suelo eran la única fuente de calor que les quedaba, pero era claramente insuficiente.

—Es imposible que ya estén aquí —razonó Prescott—. El fantasma lo habría visto. Habría dado el aviso y ya estaríamos saliendo de aquí.

Se repartió la segunda parte de la mano. Kort recogió el bote: seis arandelas grandes, diez pequeñas y un par de fichas de dominó desconchadas. Ayer se apostaban comidas y duchas sónicas, pero a estas alturas su futuro se había vuelto demasiado intangible. «*Es una pena que no haya suficientes fichas para jugar una partida de dominó, pensó Charn. Habría estado bien para variar*».

—Quizás el sonido que oímos fuera *él* —sugirió esperanzado Prescott—. Quizás se está preparando para dar el aviso.

—Quizás está muerto —replicó Kort, callando al joven soldado. Hubo un silencio incómodo. Las palabras del veterano expresaban lo que todos habían estado pensando pero nadie quería decir.

—Cre... creo...

—A nadie le importa lo que creas —le interrumpió Garrick—. La evacuación no va a llegar. Si las fuerzas especiales se han ido, estamos solos. Nadie más sabe que estamos aquí.

«*Seguramente sea cierto*», pensó Charn. Las órdenes habían sido muy claras: debían quedarse en los restos del recinto abandonado hasta que los zerg fueran avistados. En ese punto, el fantasma asignado a su unidad ordenaría un ataque táctico de precisión y pediría la evacuación por radio.

En pocas palabras, eran un *cebo*.

A Charn no le gustaba más que al resto, pero esta era su primera misión. Su primer despliegue. No estaba dispuesto a romper filas o desobedecer órdenes a menos que no tuviera otra opción.

El único problema era el fantasma. Habían perdido el contacto con él hacía 26 horas. Qué diablos, ninguno lo había *visto* en toda la misión. No era más que una voz fluctuante al otro lado de un viejo comunicador, y esa voz había dado paso a un silencio inquietante.

Para empeorar las cosas, el fantasma también era el único que tenía los códigos de transmisión para la evacuación.

—Prueba a llamar otra vez —dijo Charn a Garrick—. Búscalo en todas las frecuencias.

—¿Crees que no lo he intentado? —le contestó el soldado con desdén—. Solo hay ruido blanco.

—Entonces tenemos que ir a buscarlo —dijo Charn directamente—. Tenemos que asegurarnos.

Kort miró a Garrick y en silencio pensaron lo mismo. Charn sabía que los dos soldados tenían mucha experiencia, y lo respetaba. Juntos habían estado en lugares y habían hecho cosas que Charn esperaba vivir algún día. Por eso se había alistado.

Durante unos segundos que parecieron horas, nadie dijo nada.

—Solo irá *uno* de nosotros—dijo Kort con firmeza, rompiendo el silencio como si estuviera al mando. No lo estaba. De hecho, ninguno lo estaba, ya que el cabo había desaparecido.

Prescott parecía confundido.

—¿Uno de *nosotros*?

Garrick asintió lentamente, mostrando su aprobación.

—El novato tiene razón. Es hora de hacer algo.

—¿Quién...?

—Vamos a jugárnoslo —dijo Garrick, reuniendo las cartas.

El recinto no era enorme, pero sí lo bastante grande. El fantasma estaba atrincherado en la torre sur, vigilando el horizonte. No había una forma directa de llegar hasta allí sin cruzar el patio, y todos sabían que sería inmenso, oscuro y helado.

Charn miraba al enorme soldado mientras este barajaba el sobado mazo de cartas que los había mantenido ocupados la mayor parte de la última semana. Sus anchas manos recorrían rápidamente la mesa mientras repartía. Tenía el dorso de los dedos lleno de cicatrices.

—Quien tenga peor mano, va —confirmó el viejo soldado—. Nada de echarse atrás, nada de "dos de tres". Ir y volver, y después ya veremos lo que hacemos a partir de ahí. ¿De acuerdo?

Todos asintieron. Prescott fue el último. Ciertamente no había mucho más que decir. Charn miró cómo los demás recogían sus cartas antes de tocar las suyas.

Dos reinas. Buena. Genial.

—Tres —dijo Charn, y empujó el resto de sus cartas boca abajo hacia el centro de la mesa. Los demás también descartaron tres cartas, a excepción de Prescott. Tras algunas dudas, el joven soldado solo puso una carta sobre la mesa.

—¿Solo necesitas una? —le preguntó Garrick. Prescott asintió casi disculpándose. Garrick se encogió de hombros y repartió el resto de la mano. Todos cogieron sus cartas.

—Tú primero —dijo Kort, mirando directamente a Charn. Giró la cabeza y escupió en el suelo.

Sin decir nada, Charn colocó en la mesa sus tres reinas. Garrick dejó escapar un leve silbido.

—Mierda. Qué suerte, novato. Supongo que tú no vas a ir.

—Yo tampoco —dijo Kort, y descubrió su mano para mostrar una pareja de jotas—. Y gracias a Dios, porque ya me estoy congelando las pelotas.

Toda la atención se centró en Garrick. Hizo esperar a los demás unos segundos solo para ver sus caras.

—Pareja de nueves —anunció finalmente. Después, para confirmarlo, el soldado puso sus cartas boca arriba en la fría mesa de metal.

La partida se redujo a Prescott. Se movió incómodo en su asiento, pasando la mirada de sus cartas a las manos de los otros jugadores, como intentando resolver el problema. Finalmente, inclinó avergonzado sus cartas para que todos pudieran verlas.

—No tienes nada —le dijo Kort, tras examinar su mano—. Un as.

Garrick cogió las cartas de Prescott y las puso sobre la mesa.

—Y de todas formas, ¿a por qué narices ibas? ¿Otra escalera cerrada? —Empujó las cartas del joven soldado con uno de sus gruesos dedos—. Recuerdas que a esta baraja ya le faltaba un rey cuando la encontramos, ¿no? Qué estúpido.

Prescott seguía sin decir nada. Con los hombros abatidos, negó lentamente con la cabeza. Hizo un fútil gesto de rendición con las manos, las palmas abiertas y los dedos estirados.

—Pues prepárate —dijo Garrick, recogiendo las cartas—. Porque va a ser...

De pronto, Charn golpeó la muñeca de Garrick con la mano y la dejó ahí.

—Espera un segundo.

Molesto, el soldado apartó el brazo de un tirón, como si lo hubieran herido. Charn lo soltó, señalando con la cabeza las cartas que tenía delante.

—Parece que tienes dos nueves de diamantes.

Todas las miradas se centraron en la mano de Garrick. Era verdad.

Kort soltó una carcajada.

—¡Vaya, vaya! ¿De dónde has sacado *eso*? Nunca he dudado de ti cuando nos lo hemos echado a suertes en las misiones suicidas. Siguió riéndose mientras su mano se cerraba alrededor de la carta en cuestión. No solo era de una baraja diferente, sino que hasta el reverso era de un color totalmente distinto.

—¡Cállate! —soltó Garrick, destilando veneno en sus palabras. Lanzó una mirada aviesa en dirección a Charn—. El novatito ha conseguido tres reinas. Qué mono. Las únicas reinas que verá en su vida.

Garrick se puso en pie de repente, elevándose hasta los dos metros de altura. El soldado puso la bota en la mesa de un golpe y se subió la malla desgarrada hasta la rodilla, mostrando una terrible cicatriz irregular donde debía haber medio gemelo.

—¿Veis esto? —dijo señalándola—. Aquí es donde una reina zerg casi me arranca la pierna en Revera. Perdí a ochocientos hermanos ese día; seiscientos, el siguiente.

Todos se habían puesto de pie pero nadie decía una palabra. Prescott no levantaba la mirada del suelo. Kort seguía sonriendo.

—Y aquí —dijo Garrick, apartando su asquerosa pelambarrera negra—, aquí es donde una pistola me hizo un surco en el cráneo. Recorrió el hueco con un dedo, palpándolo obscenamente—. Fuego amigo. Un *gran* día.

Charn se mantuvo en su sitio, pero Prescott intentó dar un paso atrás. Garrick lo agarró del hombro y se encaró con él; cuando le enseñó los dientes con un gruñido, estos se quedaron a solo unos centímetros de la nariz del muchacho.

—Sigues siendo tú el que va a ir —le dijo—. Esto no cambia nada. Yo he hecho mi parte, ya cumplí con mi tiempo. Me estoy haciendo viejo para esta mierda. Ahora te toca a ti.

Garrick aflojó las manos despacio. Prescott se hundió en su silla, totalmente derrotado. Era evidente que no iba a ir a ninguna parte en un futuro cercano.

—Iré yo —dijo Charn sencillamente. Ni siquiera parecía que las palabras salieran de él.

Kort lo miró con curiosidad, como si lo viera por primera vez.

—¿Sí? ¿Estás seguro?

—Totalmente —Charn asintió, más para sí mismo que para los demás—. Estoy harto de estar aquí sentado. Acabemos con esto.

* * *

La armadura de combate era tan pesada como vieja. Habían encontrado la coraza en el arsenal del búnker, y los protectores de las piernas en una taquilla justo al lado de las puertas presurizadas. Era una antigua armadura improvisada, apenas una simple cobertura cuyo tacto helaba la piel, pero que al menos protegía del viento.

Las botas y los guantes habían desaparecido hacía tiempo. Charn había estado a punto de salir también sin el casco.

—Toma —le había dicho Kort mientras se alejaba, lanzándole a Charn la pieza sin visor—. Una cosa es ser valiente y otra, estúpido.

Y con esas palabras, el soldado había desaparecido, de vuelta al interior.

Fuera del búnker, en cambio, el viento era implacable. Charn tenía que inclinarse abruptamente hacia delante para no caerse. Los otros dos hombres estaban acurrucados bajo lo que quedaba de toldo, esperando desesperadamente su oportunidad para volver a entrar.

—¡La torre sur está por allí! —Prescott gritó al viento, apuntando con el dedo. Temblaba de pies a cabeza—. Rodea el taller de maquinaria y cuenta tres garajes. Cuando llegues al muro, gira a la izquierda y síguelo.

Charn asintió. Garrick le entregó su AGR-14 modificado y lo golpeó en el hombro tan fuerte que casi lo derriba.

—¡Buena suerte!

—No olvidéis volver a sellar las puertas en cuanto me vaya —les recordó Charn.

Garrick sonrió orgulloso, con una linterna de plasma en la mano.

—Por eso no te preocupes.

Sus compañeros habían desaparecido. Charn se enfrentó al fuerte viento racheado, maldiciendo el hecho de que soplara en contra y no a favor. Paso a paso se fue haciendo camino, protegiéndose los ojos con una mano y manteniendo el equilibrio con la otra.

Para llegar al taller de maquinaria tenía que cruzar la vasta y yerma extensión del patio. Esta era la peor parte del viaje; sin edificios cerca, el viento parecía el doble de intenso y cinco veces más frío. Le recorría el cuerpo como un líquido, bañando su rostro expuesto y bajando por el cuello y el pecho. Las manos de Charn pronto se quedaron congeladas en la posición que tenían; los dedos se le petrificaron en un siniestro saludo cuando intentaba protegerse los ojos del viento.

Aun así, no dejó de moverse. Paso a paso. Charn pronto se encontró en el centro del helado patio. Mirar en rededor era como estar en el limbo. Tras él, solo podía distinguir la vaga silueta del búnker, a ras de suelo. Delante, el taller de maquinaria parecía estar a kilómetros. Bajo él no había más que liso hielo negro y, mucho más abajo, el asfalto congelado.

Charn sujetó su AGR-14 aún con más fuerza y siguió caminando. Le llevó unos diez minutos cruzar el patio, y otros dos o tres rodear el taller. Encontró la fila de garajes que Prescott le había indicado y empezó a abrirse camino hacia ellos antes de darse cuenta de que el segundo estaba abierto.

Esperaba encontrar un refugio en la puerta donde hacer una pausa y dejar que la sangre volviera a fluir a sus extremidades, pero lo que encontró fue aún mejor. Charn se tambaleó hasta la boca abierta del oscuro garaje, dejando atrás el viento e irguiéndose cuando este dejó de hacer efecto.

Era difícil creer que solo unos meses antes esta avanzada estuviera activa. Charn miró a su alrededor e intentó imaginarse a los cientos de personas que habían trabajado entre

sus paredes, dirigiendo la maquinaria, apostados en las defensas, manteniendo las estructuras, durmiendo en el barracón, reponiendo fuerzas en el comedor y cuidando de los generadores.

Pero todo eso fue antes de los zerg. Antes de que el Enjambre llegara para acabar con todo. Mientras flexionaba las manos y los dedos, Charn pensó que este tipo de cosas pasaba bastante a menudo.

Entonces, en un rincón del garaje... algo se movió.

Al principio el movimiento fue leve, casi imperceptible. Pero, cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, Charn empezó a captar detalles. Las sombras se fueron transformando en una silueta, que revelaba su tamaño y posición. Para cuando se dio cuenta de lo que era, Charn ya había echado mano a su arma y había comenzado a disparar.

Las ráfagas del cañón del fusil gauss iluminaron la sala al increíble ritmo de veintiocho fogonazos por segundo. El zergling explotó al instante en una lluvia de sangre y cartílagos, chillando salvajemente mientras moría. Charn vio cómo su cuerpo bailaba estroboscópicamente en la oscuridad, literalmente hecho añicos por los proyectiles de punta hueca de su arma. No dejó de disparar hasta mucho después de lo necesario.

Zerg. Aquí. Un escalofrío le recorrió la columna mientras su cuerpo se llenaba del calor del combate repentino. Le gustaba notar la calidez del fusil gauss en sus manos. Parecía pesado y con vida, casi pidiéndole a Charn que siguiera apretando el gatillo. Se sentía atraído hacia él, o quizás su cuerpo solo quería enviar más calor a sus manos y dedos.

Charn encendió la linterna del arma e iluminó lo que quedaba del enemigo. Había trozos de caparazón esparcidos por todo el garaje; sangre, mucosidad y solo Dios sabía qué más salpicaban todas las paredes.

El soldado dio un paso adelante con curiosidad, tocando lo que quedaba del zergling pulverizado. Se maravilló ante lo pequeño que parecía ahora. Qué inofensivo en apariencia. Charn se quedó pensando cómo algo así podría ser tan peligroso, cuántas historias terroríficas se habían contado acerca de un ser tan pequeño e insignificante.

En ese momento, el segundo y el tercer zergling se abalanzaron sobre él por detrás.

Irónicamente, fue la velocidad de estos lo que lo salvó. El impacto de las alimañas empujó a Charn con violencia, arrebatándole el fusil mientras rodaba por el suelo. Sus dos atacantes le pasaron por encima y llegaron aún más lejos; sus garras y afilados brazos tintinearón al chocar contra el pulido suelo del garaje en su vuelo hacia la parte posterior.

El primer zergling golpeó con fuerza la pared. Cuando se puso de pie de un salto, Charn pudo ver que estaba aturdido. Luchó por mantenerse estable en el suelo helado, con una de sus alas destrozadas, colgando ahora de forma extraña. Hipnotizado, Charn vio cómo

se debatía. Podía sentir aquellos ojos frenéticos consumiéndolo, ojos que brillaban como brasas encendidas en la sombría oscuridad.

El otro zergling estaría sobre él antes de que pudiera alcanzar su arma. En vez de intentarlo, Charn se dispuso a patear la parte más gruesa del pecho segmentado del insecto. Tuvo suerte con los tiempos y lo alcanzó en pleno vuelo justo antes de que dos garras dentadas como guadañas se unieran con una precisión letal justo donde habría estado su cabeza.

El soldado se agachó para coger el arma mientras la criatura se recuperaba. Volteó el fusil y disparó dos ráfagas rápidas sin mirar, justo cuando la esta saltaba tras una pila de escombros ennegrecidos. No estaba seguro de si le había dado o no. Por si acaso, Charn siguió disparando hacia el lugar; los proyectiles levantaron nubes de polvo, humo y esquirlas de metal.

De pronto recordó a su otro oponente. Al volverse rápidamente hacia la derecha, el soldado se quedó petrificado al ver que el primer zergling había desaparecido. Retrocediendo lentamente hacia la salida del garaje, Charn empezó a buscar a su alrededor aquellos ojos reveladores. Entre la oscuridad y el humo, podrían desvelarle la ubicación del enemigo... o eso le habían enseñado.

El viento le golpeó en cuanto puso un pie fuera. La luz de la luna, ahora de un brillo imposible, lo llenaba todo, en contraste directo con las sombras del garaje. Durante unos momentos, Charn disparó ciegamente hacia la puerta, ganando unos valiosos segundos en su intento de alejarse. Escupió ráfaga tras ráfaga, sin parar de caminar hacia atrás, pensando frenéticamente en su siguiente movimiento.

Solo desvió la mirada un segundo. El indicador del cargador del fusil ponía 60. Cuando volvió a mirar hacia arriba, la criatura de los escombros ya había salido por la puerta, y sus afiladas mandíbulas estaban atravesando limpiamente la carne del brazo. Charn lo sintió mucho antes de verlo.

Disparando indiscriminadamente, el soldado barrió el cuerpo del zergling con la boca del arma. Los cincuenta y nueve cartuchos que le quedaban a Charn atravesaron al monstruo como si fuera papel higiénico, partiéndolo por la mitad. El último disparo retumbó en los muros de la base abandonada, reverberando seis u ocho veces antes de que el silencio regresara del todo.

La sangre corría libremente por el antebrazo izquierdo de Charn, y se extendía como una araña hacia los dedos. La carne del hombro estaba hecha trizas. Le dolía como si le estuviera recorriendo un vil veneno por dentro. Soltó el fusil, que ahora mostraba dos ceros brillantes y emitía una alerta de munición. Se giró, corrió hasta el tercer garaje y empezó a buscar la muralla.

No le llevó mucho tiempo encontrarla. El muro era inmenso: medía doce metros de alto y era absurdamente grueso. En lo alto había emplazamientos donde antes se habrían

erigido torretas. Ahora solo quedaban cables colgando de los agujeros, que se agitaban furiosos con cada racha de viento.

Charn se tomó un momento para desabrocharse la coraza y tirarla. La parte superior de la armadura estaba ahora torcida y doblada, y se le clavaba en el cuello con cada paso que daba. Sin el fusil ni la coraza, se sentía desnudo, pero inmensamente más ligero. Giró al sur y aceleró el ritmo.

A los noventa metros se paró. Había un agujero excavado en el muro, del doble de tamaño que un camión grande. El acero que lo rodeaba había sido derretido desde el exterior, y una buena parte del suelo estaba cubierta de charcos de escoria endurecida. Podría haber sido fácilmente la obra de un proyectil incendiario, excepto porque no existía ninguno tan grande.

Hasta el último gramo de su instinto de conservación le gritaba que siguiera moviéndose. Ya podía ver la torre, emergiendo en la distancia de forma fantasmagórica. La ironía no le pasó desapercibida. Forzó una risa nerviosa que le asustó mucho más de lo que le confortó.

Estaba a medio camino de la torre cuando el instinto le hizo darse la vuelta. Algo estaba recorriendo el muro, moviéndose a una velocidad increíble.

El zergling con el ala rota venía a por él.

Los pies de Charn golpearon con fuerza el asfalto cuando echó a correr. Llegar a la torre era su única posibilidad. Solo tenía una oportunidad de vencer a la criatura antes de que lo alcanzara, y no había tiempo para calcular si era o no posible.

Extrañamente, estaba sudando. Tenía frío, estaba helado, sangraba... pero también estaba más acalorado de lo que había estado en su vida. La camisa de Charn estaba empapada de sangre y sudor, y sus pulmones quemaban intensamente cada vez que inhalaba el aire helado. La torre apareció ante él; una lanza de metal liso clavada violentamente en el cielo.

Llegó al ascensor mucho antes que la criatura y apretó el gran botón amarillo. No ocurrió nada. Al instante, a Charn se le hundió el corazón. Volvió a apretarlo, esta vez más fuerte, y en ese momento se dio cuenta de que nunca funcionaría.

El recinto solo recibía la energía auxiliar; lo único que funcionaba eran los sistemas vitales y las luces de emergencia. Él ya lo sabía, por supuesto, tras haber pasado una semana en el búnker. Pero sin tiempo para pensar, no se había percatado.

Podía oír al zergling: gritaba mientras corría. Eso lo atemorizó más que la visión de la realidad; el chillido inhumano de la criatura se elevó lentamente sobre el viento, aumentando poco a poco en tono y en volumen mientras se acercaba. Al final lo tendría en la cara, junto al oído. El sonido lo volvería absolutamente loco... justo antes de que esas mandíbulas se cerraran alrededor de su garganta.

Había una escalera de servicio. Habían atornillado unos peldaños de metal en el otro extremo de la torre que llegaban hasta arriba. Charn voló hacia ellos, sin atreverse a mirar atrás. Puso una mano frente a él, agarró el peldaño más alto que pudo, y trepó por su vida.

Tenía los pies en la parte más baja de la escalera cuando uno de los apéndices-garra del zergling le atravesó la pierna, un ancla inflexible clavándose hasta el hueso mientras Charn luchaba por liberarse. Dio una patada con la otra pierna pero fue al aire. Abajo, el chillido pareció pasar de la ira al triunfo.

El zergling desgarraba las piernas del soldado. El dolor era insoportable. Las afiladas extremidades de la criatura iban y venían, lanzando chorros de sangre por la base de la torre. Charn gritó con los dientes apretados, tirando hacia arriba con todas sus fuerzas. Algo crujió en una de sus rodillas, pero siguió tirando.

Con una fuerte sacudida, la criatura golpeó el cuerpo de Charn contra el frío acero de la torre. El choque de los dos metales produjo un sonido estridente, que resonó a través de la nube de dolor en un momento de repentina claridad.

El agujón.

Estiró una mano temblorosa y sacó el arma de su costado. La C-7 se movía sin control mientras apuntaba hacia abajo. Apretó el gatillo. Lo hizo una y otra vez, ignorando los penetrantes chillidos y los gritos inhumanos que se sucedieron. Los sonidos reverberaban en su cráneo y amenazaban con volverlo loco, pero Charn siguió apretando hasta que todo lo que oyó fue una serie de chasquidos sordos.

Abrió los ojos y miró hacia abajo. La pistola de agujas había clavado al zergling al suelo helado en una docena de sitios. Su cuerpo mutilado luchaba por liberarse en vano, ya que estaba destrozado, roto.

Charn bajó un peldaño. Apuntó la culata de la pistola hacia la cabeza de la criatura y la aplastó. Después, lentamente, empezó la subida de 18 metros por la torre, totalmente expuesto al viento.

* * *

Dentro de la torre había una calidez reconfortante. El calor lo proporcionaban dos calderas de vapor que Charn encontró funcionando a máxima potencia cuando entró en las cámaras superiores.

La escotilla por la que había entrado había sido forzada, seguramente por el mismo fantasma. Era una buena señal. Entre eso y la calefacción, Charn se sentía optimista.

Entró a la sala de observación, y lo que vio lo dejó sin respiración al instante. Un gran muro de plastiaceró ofrecía una visión perfecta en casi todas las direcciones. Dos lunas

blancas emergían al este, iluminando un paisaje arrasado. Era hermoso y desolador, bonito pero solitario al mismo tiempo.

Charn se vio por un momento reflejado en el cristal. Estaba manchado de pies a cabeza de suciedad y sangre. Su hombro estaba hinchado y no pintaba bien, y los tajos de las piernas eran incluso peores. En silencio se preguntó si Garrick seguiría considerándolo un novato.

En el extremo de la ventana de observación había una figura humana. Estaba medio iluminada, medio en sombra, con la cabeza orientada hacia fuera. Era el fantasma. Estaba absolutamente quieto y, por un momento, Charn se preguntó si en verdad estaría muerto.

La cabeza del fantasma se movió. Miró directamente a Charn, como si lo analizara. El soldado no podía ver su cara: los ojos robóticos de su máscara brillaban vacíos. Era escalofriante.

Con la misma lentitud, el fantasma volvió a girar la cabeza hacia paisaje apenas iluminado. No dijo nada.

—Eh —dijo Charn mientras se quitaba el casco—. ¡Eh! ¿Qué narices está pasando? ¿Por qué hemos perdido el contacto?

El fantasma siguió inmóvil, con los brazos cruzados, mirando a la oscuridad. Charn esperó la respuesta medio minuto, y después reunió el valor para dar un paso adelante.

—Nos estamos pudriendo en ese búnker —dijo, esta vez con más firmeza. Después de su suplicio fuera, esto no era nada. Su miedo fue desapareciendo rápidamente para dar paso a la ira.

—Es hora de irse. Ordena la evacuación. El Enjambre no va a...

Algo captó la atención de Charn en la distancia. Inconscientemente, dio otros dos pasos hasta la ventana de plástiacero. Se podía ver algo abajo, lejos de los muros del recinto.

—Tenemos...

Al soldado se le atragantaron las palabras. Algo se movía en el horizonte. Algo se agitaba. Como un *enjambre*.

—¡El Enjambre! —maldijo Charn, conmocionado—. ¡Está ahí!

Había cientos... no, miles de zerg reunidos a una buena distancia del muro exterior del recinto. No estaban avanzando, pero se podía ver que estaban agitándose inquietos. Vio colonias enteras de zerglings, con alimañas más grandes entre ellos. En el cielo había mutaliscos, sobrevolando y aleteando en círculos lentos y perezosos.

El fantasma no dijo nada.

Charn se acercó a la ventana de observación.

—¡Han llegado, da el aviso! ¡Que detonen la bomba nuclear ahora mismo, y acabemos con todos a la vez!

De forma siniestra y automatizada, el fantasma dijo solo tres palabras.

—*Ya está hecho.*

Charn cerró los ojos. El alivio le inundó como una ola de euforia. Por fin llegaba el ataque. Por fin podrían irse a casa. Respiró profundamente y se apartó el sudor y el pelo de la cara. En la distancia, se imaginó que podía oír los motores de la nave de despliegue acercándose.

Ya estaba todo bien. Todo menos el punto rojo del suelo.

El fantasma se quitó el casco y reveló unos ojos blancos, vidriosos, sin vida. Se inclinó hacia adelante con un movimiento mecánico y, en ese momento, Charn vio los tentáculos verdes que salían de la columna del hombre y que le agarraban el cuello y la cabeza... tentáculos que pertenecían al parásito neural que controlaba ahora cada movimiento del fantasma.

—Ya está hecho —repitió el fantasma, pero sus labios no se movieron. En cambio, los músculos de la boca empezaron a formar una sonrisa. Era la mueca repulsiva y antinatural de algo que nunca ha sabido lo que debe ser una sonrisa.

El fantasma retrocedió a las sombras. Lo último que vio Charn fue el brillo revelador de un dispositivo de invisibilidad activándose.

Su boca se abrió de repente, y al instante toda su sangre salió de su cuerpo.

El punto rojo del suelo siguió parpadeando mientras el ruido de los motores se hacía más y más fuerte.